

Con esta respuesta indignado el Vizconde, mandó luego que lo colgasen; y el verdugo comenzó á temblar, y ántes que le echase la cuerda en la garganta, pidió perdon al sancto varon, el cual con rostro alegre respondió: Haz, hermano, lo que te mandan, no temas; yo libremente te perdono. Y sacó del seno un pañuelo en que tenia atados cuatro reales, que era todo el tesoro que él tenia en la tierra, y diólos al verdugo. Y hecho esto, dió una voz con grande alegría, como si hubiera recibido alguna singular consolacion de Dios en su ánima, y dijo: Quien quiera que no muere en la union de la Iglesia católica, sepa cierto que eternamente ha de morir y ser condenado. Y luego dijo aquella oracion de la Iglesia: Señor Jesucristo, hijo de Dios vivo, por tu Pasion, etc. Y diciendo esto fué arrojado del carro, y quedó ahorcado.

Despues deste trajeron á Fonsono al tablado; y acusándole como á los otros, de traicion y crimen *lesae majestatis*, él respondió que ni por pensamiento tal crimen le habia pasado. Díjole entónces el Vizconde: Yo te lo probaré. ¿Reconoces tú á nuestra Reina por cabeza de la Iglesia en las causas eclesiásticas? No la reconozco por tal, dijo Fonsono. Luego traidor eres, dijo el Vizconde; porque así lo han determinado las leyes de Inglaterra. ¡Oh hermosas leyes, dijo Fonsono, que hacen traidores á todos nuestros antepasados, los cuales no reconocieron tales leyes! A esto no respondió el Vizconde; mas ofrecióle el perdon de la Reina debajo de las condiciones ya dichas: el cual él no quiso recibir. Por tanto el Vizconde mandó que á gran priesa lo despachasen; porque se daba priesa por amor de la lluvia. Mas el varon de Dios comenzó á rezar la oracion del *Pater noster* en latin: en lo cual desagradó al Vizconde, y á los otros herejes, porque quisieran que la rezara en inglés; mas Fonsono no lo quiso hacer, diciendo que él sabia bien latin, y que los católicos podian muy bien juntamente con él orar en latin, y que él no hacia caso de las oraciones de los herejes y cismáticos, cuyas voces sabia que eran aborrescibles á Dios. Salió entónces un predicador hereje, diciendo: Reza la oracion del *Pater noster*, como Cristo la rezó; al cual respondió el mártir: Cristo no la rezó en lengua inglesa. Y dicho esto, y comenzando á decir: *Credo in Deum Patrem*, con lo demas del *Credo*, á medio camino lo derribaron del lugar en que estaba, y así lo martirizaron.

Lo susodicho se hizo un dia muy de mañana, y por estar lloviendo se hallaron pocos á este auto. Y cesando la lluvia, corrió luego la fama de los que quedaban para martirizar, y acudió gran número de gente para verlo. Entónces sacaron del mismo castillo de Lóndres otros cuatro sacerdotes, los cuales iban tendidos de espaldas y boca arriba en un zarzo de mimbres, atados los unos con los otros, arrastrándolos á las colas de unos caballos. Los nombres destes eran, Guillelmo Filbeo, Lucas Ribeiro, Lorenzo Ricarfono y Tomas Cótamo. Todos estos, al salir de la cárcel y en el camino, iban cantando el himno, *Te Deum laudamus*, etc. Y llegados al lugar del tormento, mataron á cada uno por sí, como á los primeros; y la misma forma se guardó con ellos que con los pasados. Porque á cada uno por sí se le ofreció el perdon de la Reina con las condiciones ya dichas; y todos ellos con igual virtud y constancia lo desecharon. Y ántes de la muerte de cada uno se leían aquellos artículos de la traicion para infamarlos; y de las respuestas

que ellos daban, claramente se veia ser fingidos engañosamente. Salió tambien un desvergonzado calumniador, por nombre Mundeó, que públicamente los acusaba; mas nada decia, sino injurias y maldiciones. Instaban tambien los predicadores herejes pidiéndoles que hiciesen con ellos oracion en lengua inglesa. Lo cual ellos por ninguna via quisieron hacer, diciendo que ellos no podian orar sino con los que estuviesen en la union de la Iglesia católica.

## §. II.

Martirio del Padre Tomas Cótamo.

Finalmente, como los caballeros de Cristo en ninguna cosa, por pequeña que fuese, quisiesen consentir con la voluntad de los herejes, enojado grandemente el Vizconde de ver cómo ninguno dellos queria aceptar el perdon de la Reina, despues de muertos los tres, acometió astutamente al postrero, por nombre Tomas Cótamo, para ver si le podia inducir á que aceptase el perdon de la Reina con las condiciones ya dichas. Mas como el sacerdote de Cristo por ninguna via lo aceptase, usó con él desta astucia. Preguntó á Cótamo si de veras él era culpado en la traicion contra la Reina, como sus compañeros. El respondió que no lo era; y que esto era claro y manifesto á los mismos adversarios. Lo cual primeramente probaba, porque él no estaba en Italia al tiempo que ellos decian se habia tratado aquella conjuracion contra la Reina. Lo segundo porque él habia vuelto de Francia á Inglaterra por convalescer de una recia enfermedad. Y que habia sido enviado por los padres de la Compañía de Jesus (entre los cuales habia cumplido un año de probacion); pero con licencia de los superiores estaba diputado para ir á las Indias; mas por consejo de los médicos habia venido á su natural patria, que era Inglaterra, hasta recobrar la salud, que con una larga enfermedad habia perdido. Y llegado á esta tierra, no se escondió, como hombre que no sabia parte deste crimen. Y como entendió que el magistrado andaba en busca dél para llevarlo á la cárcel, él se ofreció de su propia voluntad á la cárcel: lo cual nunca hiciera, si se tuviera por culpado en aquella traicion; afirmando que la causa de su prision y de su muerte, era la confesion de la fe católica. Dijo entónces el Vizconde: ¿Pues tú, Cótamo, has de desechar la vida que de gracia te ofresce la Reina? No por cierto (dijo él) si la Reina me la quiere dar, ántes la recibo, y le doy gracias por ella. Oyendo esto el Vizconde, pretendiendo engañarle, mandó que le desatasen, y quitasen la soga de la garganta, y bajasen del carro, y que se fuese libremente.

Viéndose pues Cótamo libre, maravillábase deste perdon, porque no entendia el engaño; y así se dispone para irse. Díjole entónces el Vizconde: Ya estás libre, Cótamo. Sola una cosa te falta: que des alguna muestra de agradescimiento á tu Reina por esta gran misericordia que contigo ha usado. Dijo entónces él: Doy muchas gracias á la Reina por este beneficio. ¿Qué otra mas muestra de agradescimiento me pedís? Queremos (dijo el Vizconde) que delante de este pueblo declares que tienes otra opinion que la destes traidores que han padecido, y que no consientes con ellos. Eso no puedo yo hacer, dijo Cótamo; porque en la causa de la religion totalmente siento lo que ellos sintieron. A lo ménos, si quiera (dijo el Vizconde) muestra alguna diferencia entre tí y ellos. No sé, dijo Cótamo, cosa en que me dife-

rencie dellos. A lo ménos (dijo el Vizconde) declara que no concuerdas con ellos en la autoridad del romano Pontífice. No puedo (dijo Cótamo) discordar dellos en esa materia. ¿Pues en todo (dijo el Vizconde) consientes con la opinion de aquellos traidores? En todas las cosas, dijo Cótamo, que pertenescen á la fe católica consiento con aquellos sanctos sacerdotes. Oida esta última respuesta, el Vizconde movido con grande ira, mandó que volviesen á Cótamo al carro de donde lo habian abajado, y lo colgasen y despedazasen. Lo cual fué hecho á gran priesa, y con gran furor, y palabras injuriosas; y así padesció este sacerdote sanctísimamente como los otros.

Esto es lo que la sobredicha carta refiere. Por la cual vemos que pudieron estos venerables sacerdotes ser muertos y atormentados, mas no vencidos. Pero el malaventurado presidente no pudo dejar de quedar afrentado y confuso, viendo que con todas sus artes y diligencias no pudo vencer la constancia de aquellos esforzados caballeros de Cristo. Y no ménos lo quedaria la Reina, viendo que todos ellos ántes habian querido perder la vida, que otorgarle la dignidad que ella injustamente habia usurpado.

Alguno por ventura deseará aquí milagros, como los que algunas veces nuestro Señor hacia con los mártires antiguos. Mas yo no quiero mas milagro que ver tal fe, tal fortaleza, tal constancia, tal lealtad para con Dios, y tal libertad de palabras para con el juez, y un ánimo tan generoso, que teniendo la muerte delante, ni se acuitó, ni desmayó, ni habló palabra indigna de su dignidad sacerdotal, ni se enflaqueció viendo un tan horrible espectáculo como eran los cuerpos despedazados de sus compañeros. Esto pues es mas que milagro. Maravillábase el Profeta cuando consideraba el camino que abrió Dios á su pueblo en medio del mar Bermejo; y dice (a) que considerando esta maravilla, le temblaba el corazon y los labios. Pues ¿cuánto mas gloriosa maravilla es haber dado Dios tal ánimo y esfuerzo á unos hombres de carne tan flaca, que las ondas de tantas aguas de tribulaciones y persecuciones no fuesen parte para ahogarlos y desmayarlos, sino que pasasen á pie enjuto por este golfo tan peligroso, sin mojarse, y sin perder punto de la fe y lealtad que debian á su Criador? Los hombres que llevan á justiciar, ántes de la muerte van ya medio muertos y desmayados; y estos generosos caballeros de Cristo salen de la cárcel cantando: *Te Deum laudamus*, como si fueran á fiestas, y no á la muerte. Y si dijeren una palabra en favor de la Reina, pudieran librarse de la muerte, y aeabándola de decir, confesarse, y pedir misericordia y perdon á nuestro Señor; y es cierto que lo alcanzaran tan fácilmente como Sant Pedro, que mas gravemente pecó negando al Señor con juramento, despues de haber visto tantos milagros suyos (b). Mas estos fieles siervos del muy Alto ántes quisieron padecer tan cruel muerte, que estar por aquel tan pequeño espacio en pecado, y en desgracia de su Criador. Esta es pues otra nueva manera de milagros que obra la gracia: la cual cuanto era mayor, tanto menor necesidad tenia del favor y esfuerzo de los milagros. Los cuales por la mayor parte hacia nuestro Señor para ayudar á la flaqueza de las doncellas delicadas y tiernas que padescian. Mas como él sabia que la fortaleza que él habia dado á estos sanctos sacerdotes

(a) Abac. ult. (b) Matth. 26.

bastaba para esforzarlos sin nuevos milagros, por eso no los quiso hacer; y porque los herejes no los merecian ver. Y así queda declarado que no hacerse allí milagros redundaba en mayor gloria de Dios y de su divina gracia.

## CAPITULO XXIII.

Martirio del reverendo Padre Edmundo Campion, de la Compañía de Jesus, y de otros dos sacerdotes que con él padescieron: el uno llamado Rodulfo Servino, del colegio Anglicano que está en Roma; y el otro Alejandro Brianto, del colegio Rhemense.

En la carta pasada se hace mencion del martirio del Padre Edmundo Campion, y de otros sacerdotes que con él padescieron 1.º dia de diciembre del año de 1581.

La historia del martirio deste padre y de sus compañeros es muy digna de ser sabida. Porque dellos podemos decir con mucha razon que fuéron dos veces mártires; una por la fe, y otra por la caridad: esto es, una por no consentir con los herejes, y otra por no descubrir los católicos; aunque muchos tormentos por esta causa les dieron (como en el proceso se verá), siendo en lo uno leales á Dios, y en lo otro á sus prójimos y hermanos.

Este Padre Edmundo Campion era de la Compañía de Jesus, hombre de insigne virtud y doctrina, y diestro en el estudio de las letras humanas, así griegas como latinas. Era natural de Inglaterra; y así por esto, como por la eminencia de su virtud y letras, fué llamado de Praga (donde á la sazón estaba) y enviado por sus superiores á Inglaterra á confirmar los católicos, y administrarles los sacramentos, y apascentarlos con la doctrina de la fe. Aceptó él esta obediencia con gran voluntad y celo de la salvacion de las ánimas, ofreciéndose á manifestos peligros por ellas: de los cuales muchas veces lo libró nuestro Señor con especial providencia. Tuviron desto inteligencia los herejes que gobernaban la tierra, y tenian una hambre canina de haberlo á las manos: parte por impedir el oficio que hacia, y parte por saber dél cuáles eran los católicos que él doctrinaba. Entendió esto un hombre malvado, y ofrecióse á descubrir este religioso Padre, recibiendo grandes promesas del magistrado, si saliese con ello. Vino pues este traidor á Lifordia, que es una villa junto á Oxonia, y fingiéndose católico, trató con un conocido suyo que verdaderamente lo era, y dél supo dónde moraba. Sabido esto, dió luego aviso al gobernador de la tierra, por nombre Justiniano, el cual vino luego con mucha gente armada, y cercó la casa del Padre, el cual á la sazón habia dicho misa, y estaba con otros católicos tratando aquellas palabras del Salvador, que dicen (a): Jerusalem, Jerusalem, que matas los profetas, etc. Entró luego á gran priesa aquella cuadrilla de lobos rabiosos á dar en la manada de las ovejas de Cristo que allí se habian juntado; y de ahí los llevaron presos á una fortaleza que estaba al cabo de la ciudad de Lóndres. Entrando en esta ciudad, iba el Padre Campion delante con un sombrero en la cabeza, y en la copa dél pusieron los herejes este título: Este es Campion, el jesuita sedicioso. Salen luego todos de la ciudad á este espectáculo, unos á ver, y otros á escarnecer de los siervos de Dios. Mas el Padre Campion, confortado por el Espíritu Sancto, iba delante con un ánimo sosegado, y con rostro alegre y sereno, no sin grande admiracion de los que lo veian.

(a) Matth. 23.

Fué luego encerrado en una cárcel escurísima, y tan apretada, que no podía estar ni en pié ni acostado. Su comer era un poco de pan y agua. A cabo de tres días, sacado desta prision, fué llevado por el río á la ciudad con el mismo traje que entrara en ella, hasta el palacio de Roberto, con el cual estaban otros condes herejes, y dos secretarios de la Reina. Delante de los cuales el Padre declaró la causa de su venida á aquella tierra, con tanta mansedumbre y prudencia, que ellos le quedaron aficionados; no poniéndole otra culpa sino decir que era papista. De aquí le tornaron á la cárcel, pero tratándole mas blandamente. Y primero procedieron con él por blanduras y grandes promesas, procurando que en alguna cosa, aunque fuese pequeña, consintiese con ellos. Y viendo que todo esto era de balde, por estar el Padre tan constante en la fe, determinaron de dalle tratos de un tormento que llaman del caballete: que es un linaje de tormento muy cruel, donde estando el hombre tendido, le atan á los dedos de los piés y de las manos unos cordones, los cuales estiran poco á poco de una y de la otra parte con unas cuerdas, por donde vienen casi todos los miembros á descoyuntarse y desencasarse de sus lugares, que es intolerable dolor. Fué el Padre tres veces atormentado con este tormento, tan cruelmente, que á la tercera vez pareció que acabara la vida. Mas siendo recreado en medio deste trabajo con la dulzura y esfuerzo celestial, luego que fué desatado, prorumpió en aquellas palabras: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*. Pretendian los herejes con este tormento sacar del Padre con qué personas trataba, y quiénes eran los que habia traído á la comunicacion de la Iglesia romana, y en qué traiciones habia entendido, y otras cosas á este propósito. Mas esforzando nuestro Señor al Padre, ninguna persona descubrió de las que le preguntaban. Y lo mismo hicieron con los otros sacerdotes que con él fuéron presos, con determinacion que si ellos descubriesen algun hombre principal católico, dijese que el Padre Campion lo habia descubierto, para hacerlo con esto odioso á los católicos. Y pasó esta malicia tan adelante, que uno de los consejeros de la Reina afirmó con juramento á un caballero preso por católico, que Campion lo habia descubierto. Mas el caballero no le dió crédito, porque conocia bien la virtud del Padre.

Después de los tormentos del caballete determinaron los maestros de los herejes de ponerse en disputa con él, creyendo que por estar tan mal tratado de los tormentos, y enflaquecido con las vigiliás, y con la hambre pasada, y carecer allí de libros, fácilmente le vencerian; y así sería menoscabado el crédito que los católicos tenían dél, y la fe quedaria abatida. Mas Dios le dió palabras y sabiduría, á lo cual no pudieron responder todos sus adversarios (b). Duró esta disputa por espacio de cuatro días; y afirmaba un católico que se halló presente, haber defendido el Padre la causa de la fe con tan grandes argumentos, que si él fuera hereje, se convirtiera á la fe por lo que allí oyó.

## §. I.

Prosigue la mesma materia.

Pasadas estas cosas, fuéron llamados á la audiencia real el Padre Edmundo Campion en el mismo día en que se celebra la fiesta de Sant Edmundo mártir, y rey de Inglaterra, y con él fuéron llamados el Padre Jacobo

(b) Luc. 21.

Bosgra, y Tomas Cuótamo, sacerdotes de la Compañía de Jesus, y Rodulfo Servino, del colegio anglicano, que está en Roma, y Lucas Hirbleu, y Duarte Ritzono, sacerdotes del mismo colegio, y Alejandro Brianto, del colegio Rhemense. A todos estos oponian artículos de diversas maneras de traiciones que habian intentado contra su patria y su reina. A lo cual todos respondieron, que por sola la causa de la verdadera y católica religion eran venidos á su patria; y que por esto solo habian sido llamados á juicio, y por tantos modos tan cruelmente vejados, y que por esta fe estaban aparejados á ofrecer sus vidas. Duró esta audiencia hasta la tarde, y en cuanto los jueces fuéron á comer, mandaron dar de beber á los condenados. Mas el Padre Campion, como tenia los brazos quebrantados del tormento pasado, no pudo llegar la copa á la boca. Pero hallóse allí un señor, por nombre Don Apero, varon católico, y nieto del clarísimo mártir Tomas Moro, el cual con su mano le llegó la copa á la boca.

Yendo pues Alejandro Brianto con los otros para la audiencia, mostró una grande fortaleza de ánimo; el cual como allérez de Cristo, iba delante con una cruz en la mano, que él habia fabricado para su consolacion, en la cual con un carbon habia pintado la imagen del Crucifijo. Y siendo reprehendido por un hereje por haber osado hacer esto, y mandándole arrojar la cruz, respondió: Por ninguna manera lo haré. Caballero soy de Cristo crucificado; no dejaré tan ilustre bandera hasta la muerte. Y tirándole el hereje la cruz de las manos, respondió: De las manos me la podreis quitar, mas no del corazon; antes derramaré mi sangre por el que por mí derramó la suya en la Cruz. Y puesto este Padre en el tormento del caballete susodicho, y estando en él por espacio de tres horas, reprehendia la crueldad de los que le atormentaban, y con todo esto decia: ¿Esto es todo lo que podeis? Si no son otra cosa vuestros caballetes mas que esto, vengan en buen hora otros ciento. Y no contento con este tormento, añadieron otra terrible crueldad: que fué hincarle alfileres entre las uñas de los piés y de las manos. Ni debe de parecer espanto despreciar él tan fuertemente los tormentos; porque en medio dellos era grandemente recreado con una maravillosa dulzura del Espíritu Sancto, segun él mismo da testimonio en una carta que escribió dende la cárcel á los padres de la Compañía de Jesus que estaban en Inglaterra. Y para tratar de la ocasion que hubo para escribir esta carta, no será fuera de propósito apuntar algo de las persecuciones de los herejes de Inglaterra, como se escribe en un libro que desta materia está impreso. Del cual se entiende ser tal esta persecucion, que en parte excede á todas las de los tirannos antiguos que perseguian la Iglesia. Porque nunca estos ponian los fieles á cuestion de tormentos para que descubriesen los otros fieles, lo cual se hace en este reino; y esto no como quiera, sino con cruellísimos tormentos. Y con los encarcelados usan de extrañas crueldades, porque no consienten ser visitados ni socorridos con limosnas de amigos ni parientes, so pena de ser tenidos por sospechosos en su mala secta, que es summo peligro.

Veniendo pues al propósito desta carta, escribe este sancto varon que estando tan cerrada la puerta para toda consolacion y visitacion humana, un día se ordenó una disputa entre los maestros de los herejes y los católicos; y por esta ocasion se abrió puerta para que entrasen mu-

chos de los católicos á oírlo. Y andando algunos por los rincones de la cárcel, llegaron adonde estaba este Padre Brianto (de quien vamos hablando), y con esta ocasion escribió una carta á los padres de la Compañía, en que (entre otras cosas) les daba cuenta de las mercedes que nuestro Señor le habia hecho en medio de sus tormentos. Sobre lo cual dice estas palabras:

Si lo que dijere es cosa milagrosa, no lo sé: Dios lo sabe; mas que sea verdadera, mi consciencia me es testigo delante de Dios. Digo pues que estando en el postrer tormento, cuando los verdugos usaban de mayores crueldades en mi cuerpo, teniendo extendidos con gran violencia mis piés y manos, con todo esto casi ningun dolor sentia. Y junto con esto refocilado y aliviado de los dolores del tormento pasado, quedé con los sentidos perfectos, y con el alma quieta, y corazon sosegado. Viendo esto los comisarios, salieronse fuera, y mandaron que el día siguiente me atormentasen otra vez de la misma manera. Oyendo yo esta sentencia, creía verdaderamente y esperaba que con el ayuda divina lo sufriría. Y entre tanto que me atormentaban, meditaba como podia la amarguísima Pasion de mi Salvador, llena de innumerables dolores. Hasta aquí son palabras de la carta de Brianto. Mas de Severino, colegial del colegio Anglico de Roma, se escribe en aquel libro de las persecuciones de Inglaterra, que era admirable la caridad y el celo que tenia de la salvacion de las ánimas. Por donde cuando le contaban la terribilidad de los tormentos que en su patria se daban á los católicos, no solo no desmayaba, mas ántes se encendia mas en su corazon este deseo; y segun las buenas partes y gracias que de nuestro Señor habia recibido, así de virtud como de letras y ingenio, hubiera de aprovechar grandemente á su patria, si no fuera porque poco después que entró en ella, fué preso, y cargado de hierros, y encarcelado en una cárcel oscura. Mas estando él allí preso, no estaba presa la palabra de Dios; porque allí animaba los otros que estaban presos por la fe, para que perseverasen firmes y constantes en ella; y acordándose que estaba allí preso por Cristo, el amor encendidísimo deste Señor causaba en su ánima tan grande alegría, que no se podia contener que no hiciese y dijese cosas que manifestasen esta alegría que el Espíritu Sancto le daba; el cual en ningun tiempo está mas cerca de sus fieles siervos, que en el tiempo de la tribulacion (c). Estaban presos en una cámara junto á la suya dos herejes de una herejía infame y deshonestísima; los cuales viendo las muestras de alegría que en el siervo de Dios parecian, tenían para sí que estaba loco. Mas un día ofreciéndose ocasion para hablarle, vieron que no lo era, sino muy prudente y docto. Y platicando con ellos un rato, cuando se llegó la hora de rezar el oficio divino, despidiéndose dellos humildemente, prostróse sobre las rodillas, y rezó su oficio con gran devocion; con lo cual ellos quedaron muy movidos por la novedad del negocio. Después cenando una noche con ellos, de tal manera defendió la causa de nuestra fe, y confundió el error dellos, que los redujo á la fe católica, y los absolvió y reconcilió con la Iglesia. De manera que los que estaban presos por aquella herejía infame (la cual persiguen los ingleses) agora están presos por la fe católica.

Esto hecho, como los contrarios le amenazasen con el tormento del caballete, y estando el negocio en tal

(c) Psal. 90.

estado que luego habia de ser atormentado, comenzó el varon de Dios á aparejarse con gran cuidado para sufrir el tormento, haciendo primero oracion por los que lo habian de atormentar. Pero nuestro Señor lo guardaba para otro mayor triunfo.

## §. II.

Martirio del Padre Campion.

Mas tornando al principal propósito, presentados los sacerdotes ante los jueces que habian de sentenciar la causa, después de vista la acusacion, y la defension, determinaron ellos ser el Padre Campion y sus compañeros dignos de muerte. Y preguntándolos el juez principal si tenían alguna cosa que alegar en su descargo, respondió el Padre Campion que ninguna, mas que rogar á Dios inmortal, que así el juez como los acusadores y todos sus adversarios, en el día muy severo y estrecho del juicio, oyesen mas blanda sentencia que la que contra ellos se daba. Y pronunciada la sentencia, el Padre Campion con rostro alegre, dando gracias á Dios por este tan grande beneficio, comenzó á decir: *Te Deum laudamus, te Dominum confitemur*. Y Rodulfo Servino dijo: *Hæc dies, quam fecit Dominus, exultemus et lætemur in ea*. Mas Alejandro Brianto, considerando la injusticia de aquella sentencia, apeló para el summo Juez con aquellas palabras: *Judica me Deus, et discerne causam meam*. Y así con grande alegría de sus ánimas se apartaron de la presencia de aquel consejo malvado, gozándose por haberlos hecho Dios dignos de padecer por su nombre (d).

Mas ántes que fuesen al lugar del tormento, el Padre Campion habló al pueblo que presente estaba desta manera: Ya habeis visto cómo somos condenados por crimen *læsæ majestatis*; mas con cuánta justicia, vos lo ved. Porque si yo en todos los artículos propuestos hubiera ofendido á la majestad real, nunca ella ni todos los de su casa y consejo me ofrecieran vida, y libertad, y muchas mercedes tan liberalmente, si quisiera condescender con sus opiniones aun en cosas pequeñas. Antes os digo que este mismo alcaide del castillo que está aquí á par de mí, me prometió estas mismas cosas, y otras mayores, si quisiese sola una vez ir á la iglesia con los herejes. Ni él se atreviera á prometer cosas tan grandes, ni los príncipes de Inglaterra tal permitieran, si hallaran que yo habia cometido este crimen contra la Reina. Así que, hermanos, no el crimen de la traicion, sino el celo de la católica religion nos ha traído á este paso.

Acabado esto, los volvieron á la cárcel; y el 4.º día del mes de diciembre el dicho Padre Campion, y Rodulfo Servino, y Alejandro Brianto (de los cuales arriba hecimos mencion) fuéron entregados á los ministros de la justicia de Lóndres. Y los otros que con estos fuéron condenados, reservaron para ser justiciados otro tiempo en otras ciudades de Inglaterra, para mayor terror de los católicos. Ataron pues al Padre Campion, y pusieronlo en un cañizo tejido de varas, y tendido en él, lo llevaban arrastrando á la cola de un caballo. Mas á Rodulfo Servino y á Alejandro Brianto llevaban de la misma manera atados en otro cañizo, arrastrándolos á las colas de otros caballos por todas las calles de Lóndres, hasta el lugar donde suelen justiciar los ladrones, que está casi una milla fuera de la ciudad. Llegados á este lugar desataron al Padre Campion, y echaronle una

(d) Act. 5.

cuerda al pescuezo, y así le subieron en una carreta que estaba al pié de la horca. Subido en este lugar, comenzó á hablar con grande atención, oyéndole una tan grande muchedumbre de gente, cuanta nunca se juntó en aquel lugar, estando presentes tres condes, y cinco barones, y otros muchos caballeros y señores principales. Tomó entónces el Padre por tema muy á propósito aquellas palabras del Apóstol (e): Un espectáculo estamos hechos á Dios, y á los ángeles, y á los hombres. Y declarando él estas palabras, ántes que acabase de hablar, un hereje del consejo real, que estaba á caballo junto á él, le cortó el hilo de la plática, diciendo: Ora, sus; deja, deja ya de tentar y engañar al pueblo con tus palabras fingidas. Mejor harías en confesar delante de todos que tienes ofendida la majestad real, y pedir humildemente perdón á la Reina. Y lo mismo le aconsejaban los ministros de la justicia, y los vicecomites de Lóndres. Mas Campion acudió diciendo: Hiciera lo que me pedís, si me sintiera culpado en ese crimen; sino teneis por crimen ser yo católico, que es summa honra y gloria; por lo cual he padecido tantos tormentos, y estoy agora aparejado para recibir la muerte.

Entónces los calvinistas comenzaron á pedirle que rezase con ellos. Lo qual él no quiso hacer, abominando su falsa religion; mas pidió á todos los católicos que allí estaban, que en el punto que él estuviese muriendo le dijese el *Credo*, para que la fe que ya no podría confesar con su boca, la confesase con la de innumerables católicos que allí estaban presentes. Y desta manera hurtando á la carreta los piés debajo, quedó ahorcado; y ántes que espirase, uno de los principales herejes le cortó la cuerda, no consintiendo que espirase allí, como se hacia communmente con los malhechores. Y estando aun medio vivo, usaron con él y con sus compañeros de una tan rabiosa y desvergonzada crueldad, de la qual nunca Diocleciano, ni otros cruelísimos tiranos usaron con los mártires; pero esta fué obra de hombres cuyas ánimas regía Satanás. Y la crueldad fué, que estando él aun vivo, le cortaron sus partes naturales, y abriéndolo por medio con un cuchillo, le arrancaron el corazon y las tripas, y las echaron en el fuego; y cortada la cabeza, le partieron el cuerpo en cuatro cuartos; los cuales junto con la cabeza cocieron un poco en agua herviendo, y así los pusieron con clavos hincados en las puertas de la ciudad.

## §. III.

Confesion gloriosa y martirio de los Padres Servino y Brianto.

Acabado esto, el verdugo llamó á Servino, diciendo: Ven tú también, Servino, para que recibas el pago que este recibió. Acudió luego él con un rostro lleno de alegría, y abrazó al verdugo, y besó la mano sangrienta que traía de la carnicería pasada del Padre Campion. Lo cual de tal manera movió al pueblo, que con gran ruido y mormullo acabaron con el Vizconde que le dejase hablar lo que quisiese; y así se hizo. Porque subido en la escalera, hizo una grande exhortacion al pueblo; y acabada esta, él mismo metió la cabeza en el lazo que le estaba aparejado. Lo cual viendo el pueblo, comenzó con grande clamor á decir: ¡Oh buen Servino, Dios reciba tu buena ánima! El qual clamor duró por grande espacio, y aun apénas despues de él muerto se pudo mitigar.

(a) 1. Cor. 4.

Despues deste Padre llamaron á Brianto. El qual ántes que padeciese, profesó brevemente la fe porque moría, y purgóse de la calumnia que á él y á los otros padres oponian de las traiciones contra la Reina, diciendo que ni aun por imaginacion tal cosa habia por el pasado. Y demas de sus palabras, la inocencia de su rostro, y su cara angélica (porque era mancebo hermosísimo) daba dello testimonio. Pero lo que movia los ánimos, y los ojos de los que presentes estaban, era ver el alegría grande que mostraba estando para padecer; la cual alegría nascia de ver que padescia por la fe católica; y junto con esto, porque padescia en compañía del Padre Campion, á quien él tenia grande amor y devocion. Y así en él como en su compañero Servino ejecutaron toda aquella crueldad y carnicería de que usaron con el sobredicho Padre Campion. Los cuales con un breve trabajo compraron eterno descanso, de que agora gozan, y para siempre gozarán; gloriándose en el cielo de lo que no se pueden gloriarse los ángeles; que es haber dado la vida por la gloria de su Criador, dejando vencidos los herejes, y confundidos los demonios, y confirmados los católicos con el testimonio de la fe y constancia con que tantos tormentos padecieron.

Resta agora que el cristiano lector considere con ojos de fe, con qué alegría los sanctos ángeles acompañarian estas dichosas ánimas que tan valerosamente habian triunfado de toda la potencia del mundo y del infierno, ofreciendo la vida por la gloria de su Señor, y por la salvacion de las ánimas; leales en esto á su Dios, por cuya fe murieron, y leales á sus prójimos; pues siendo tan cruelmente atormentados, nunca los descubrieron: mártires en lo uno, y mártires en lo otro. Pues ¿qué fiesta se haria este dia en el cielo en la entrada destes gloriosos caballeros con doblada corona (si decir se puede) de martirio? Y ¿con qué alegría los saludarian y recibirian los sanctos mártires, como á compañeros suyos, y imitadores de su fe y fortaleza, dándoles el parabien de aquella entrada en la ciudad soberana, para cantar siempre las alabanzas del Señor, que tal fe, tal virtud, tal caridad y tal constancia les dió, para que en medio de tantos clamores y torbellinos del mundo estuviesen con un corazon sosegado, y con un ánimo invencible, y despreciador de todas las amenazas y tormentos de los herejes?

## §. IV.

Circunstancias maravillosas que en esta excelencia de los mártires resplandesce.

Pues quien atentamente considera esta singular excelencia de los mártires, podrá notar en ella cinco grandes maravillas que aquí habemos referido. Entre las cuales la primera es el número tan grande de los mártires que padecieron por la fe. La segunda la cualidad de las personas que padescian; entre las cuales entran mujeres flacas, y vírgines nobles y delicadas. La tercera es la horribilidad de los tormentos nunca vistos con que fuéron los sanctos atormentados. La cuarta es el esfuerzo de ánimo, y alegría en el padecer, y libertad de hablar, escupiendo y blasfemando de los falsos dioses. La quinta es el fin de toda esta batalla tan prolija y tan reñida con que pretendian los tiranos extinguir la religion y nombre de Cristo, para establecer su idolatría. Y no solo no alcanzaron lo que pretendian; mas ántes como si las persecuciones dellos fueran favores nuestros,

así su idolatría quedó al cabo destruida, y la religion de Cristo ensalzada y establecida. Pues estas cinco maravillas son una grande confirmacion de nuestra fe, y materia de una grande admiracion de la grandeza y omnipotencia de nuestro Señor, que por tan alta y nueva manera triunfó del príncipe deste mundo.

## CAPITULO XXIV.

Decimanona excelencia de la religion cristiana, que es ser testificada y aprobada con milagros.

Otro mayor testimonio tiene la religion cristiana, que es el de los milagros. Para lo qual es de saber, que así como Dios es summamente perfecto, así lo son todas sus obras; porque la imperfeccion de la obra redundaria en injuria del artífice. Pues como él oblique á todos los hombres á tener fe (sin la qual es imposible salvarse), y para esto sea necesario crear cosas que sobrepujan la facultad de la razon, era justo que proveyese él de medios suficientes para que fuesen creidas. Pues estos decimos que fuéron los milagros; para que las obras que exceden el poder de naturaleza, hiciesen fe de las que exceden la facultad de la razon humana. Y esto son (como decimos) los milagros, que solo Dios puede hacer; y cuando él lo hace en testimonio de alguna verdad, la tal verdad es mas cierta que lo que se ve con los ojos, y toca con las manos. Los reyes tienen sus sellos reales, por los cuales son conocidas y obedecidas sus provisiones; mas el sello real de Dios, que es Rey y Señor de la naturaleza, son obras que sobrepujan la facultad de ella: cuales son los milagros; las cuales nadie puede hacer sino él, ó por virtud dél.

Destos milagros se han hecho tantos en la religion cristiana, que sería mas fácil contar las estrellas del cielo que ellos. Porque ningun sancto es canonizado en la Iglesia, que no sea con testimonio y averiguacion de muchos milagros; de los cuales se hace diligentísima inquisicion, por ser este negocio de grande importancia. De Sant Vicente Ferrer (que parece haber sido el que despues de los apóstoles mayor fructo hizo en la Iglesia con su predicacion) fuéron probados y testificados ochocientos milagros para su canonizacion, sin hacerse inquisicion de los que hizo en las Españas, donde mas tiempo predicó. Pues ¿quién será tan incrédulo, que crea ser todos estos milagros falsos? Mayormente que uno solo que sea verdadero, basta para confirmacion de la fe. De las reliquias del glorioso mártir Sant Estévan cuenta Sant Augustin muchos milagros (a); y dice que si se hubiesen de escribir todos los que en diversos lugares de Africa se hicieron, sería necesario escribir muchos libros.

Mas porque algunos son muy incrédulos de milagros, procuré yo escribir en nuestra Introduccion del Símbolo tales milagros, que ningun hombre de razon los pudiese negar. Porque parte dellos son milagros que los mismos sanctos que los cuentan vieron con sus ojos, y fuéron testigos de vista. Y destes unos escribe Sant Augustin, otros Sant Ambrosio, otros Sant Hierónimo, y Sant Gregorio Papa, y Sant Gregorio, teólogo, y Sant Crisóstomo, y Sant Bernardo, y Sant Juan Climaco, y Teodoreto. Todos estos padres tan señalados en sanctidad, en autoridad, en doctrina, cuentan especiales milagros á que ellos se hallaron presentes. Otros fuéron muy notorios al mundo; como fué el eclipsi miraculoso que se vió en la muerte del Salvador,

(a) De Civit. Dei, lib. 22. cap. 8.

de que dan testimonio no solo los evangelistas (que no osaran escribir cosa que á no ser así, todo el mundo la contradijera, y los escarneciera), mas tambien lo escribieron autores gentiles. Mas no solamente se escureció el sol, sino tambien la luna, y todas las estrellas del cielo, que son innumerables; las cuales todas se vistieron de luto por la muerte de su Señor. Y que esto sea así, parece claro; porque escurecido el sol que da luz á todas las lumbreras del cielo, necesariamente se habian de escurecer todas ellas. Y esto se confirma por testimonio del Evangelista (b), el qual dice que fuéron hechas tinieblas sobre toda la tierra dende la hora de sexta (cuando el Salvador fué crucificado) hasta la de nona, cuando espiró en la Cruz.

Tambien la venida del Espíritu Sancto, el dia de Pentecostes (c), con tan gran sonido, y en figura de lenguas de fuego, dando á los discípulos el don de hablar en todas ellas, tiene por testigos á hombres de todas las naciones y lenguas del mundo: que eran judíos religiosos y honradores de Dios, que de todas estas partes habian venido, y moraban en Hierusalem; y todos estos quedaron atónitos, y como fuera de sí oyendo hablar á los discípulos las maravillas de Dios en sus proprias lenguas. Esto escribe Sant Lucas. Lo qual si así no pasara, tuviera este Evangelista contra sí todo este número de testigos; con lo qual totalmente desacreditada y destruída toda su escriptura. Y confirmase esta verdad; porque de otra manera, ¿cómo pudieran hombres nacidos y criados en Galilea predicar el Evangelio en todas las naciones del mundo, como lo predicaron, siendo tantas las lenguas del mundo casi como los reinos y provincias dél?

Pues no fuéron ménos conocidos muchos de los milagros del Salvador, por ser tantos los testigos dellos, y estar vivos muchos de los que se hallaron presentes á ellos. Porque veinte años despues de su gloriosa subida al cielo escribió Sant Mateo en lengua hebrea su Evangelio: donde refiere el milagro que el Salvador hizo dando de comer con cinco panes y dos peces á cinco mil hombres (d), allende de las mujeres, y de los mochos, que no serían ménos. Tambien escribe otro semejante á este, cuando el mismo Señor dió de comer á cuatro mil hombres con siete panes, de que sobraron siete espuertas de pedazos (e). Tambien fué muy público el milagro del hijo de la viuda que él resuscitó en presencia de mucha gente que acompañaba á la viuda, y de mucha tambien que venía con el Salvador (f). Y muy mas público el de la hija del príncipe de la sinagoga, cuya fama corria por toda la tierra, como dice el Evangelista (g). El qual si no dijera verdad, tuviera contra sí tantos testigos que en aquella edad serían vivos, pues los milagros eran tan recientes. Ni fué ménos público el milagro de la resurreccion de Lázaro (h): por el qual se le hizo aquel tan solemne recibimiento en la entrada de Hierusalem con los ramos.

## §. ÚNICO.

Prosigue la misma materia, y de los fines que tienen los milagros.

Ni tienen ménos verdad y autoridad los milagros que el Apóstol refiere en la carta escripta á los de Corinto y en otra á los de Tesalónica (i): donde trae por testigos

(b) Math. 27. (c) Act. 2. (d) Matt. 14. (e) Id. 15. (f) Luc. 7. (g) Math. 9. (h) Joan. 11. 12. Math. 21. (i) 1. Cor. 12. 1. Thess. 1.